El manantial de los álamos

The spring of the poplars

Se encuentra junto a la senda que surca la ladera, a la izquierda según se desciende desde el collado. No es muy caudaloso pero nunca, ni en los años de menos lluvia, se ha secado. Por eso todo a su alrededor, se ve muy verde y por eso, desde tiempos muy lejanos crece aquí un grupo de esbeltos álamos.

Y aquella calurosa mañana del mes de agosto, se le vio a él caminando por la senda, dirección a la fuente desde el collado. Al llegar al claro hilillo de agua que caía por el trozo de teja, se paró, bebió un trago y luego observó. Desde el mismo venero, miró para el lado de abajo. Para donde el pequeño arroyo y ahí, entre un grupo de viejas encinas, descubrió el chozo. De construcción muy rústica, todo de monte y grandes ramas de encinas. En su corazón sintió el impulso.

Se retiró del manantial, caminó lento a través del monte dirección al chozo y al llegar al rellano, la llamó. Del chozo salió la joven, lo miró y con amabilidad, saludó. Dijo él:
- Pasaba por aquí y a mi mente vino tu recuerdo. ¿No echas de menos las cosas y personas que en la ciudad dejaste?
- Ni las echo de menos ni pienso volver nunca más por ahí.
- Admiro tu valentía. ¿Pero por qué lo haces?
- Por una convicción muy fuerte que en mi alma palpita y sé que muy pocos entenderán.
- Yo también me planteé alejarme de la ciudad y las personas pero en estos momentos, hacia ese lugar voy. ¿Quieres algo de allí?
- De ese mundo, nada. Solo desearte que tengas fuerzas y suerte. Pero ¿puedo preguntarte?
- Lo que quieras.
- ¿De dónde vienes y por qué recorres estas tierras?
- Soy dueño de este manantial desde pequeño. Desde mucho antes que naciera, a lo largo de toda mi vida y ahora que ya no estoy en este suelo. Hay cosas en la vida y corazón de las personas que por su belleza y fulgurante claridad, son y permanecen para siempre vivas y eternas.

La despidió, subió hasta la senda, continuó avanzando y ya a cierta distancia miró para atrás. Descubrió la silueta de los álamos por donde la fuente y el oscuro bosque de encina que rodeaba al chozo de monte. También las tierrecillas que, en forma de pequeños huertos, la joven cultivaba y regaba con las aguas del venero. Se dijo: “ Tan hermosa, joven y fuerte y tan sola en este rincón del mundo! ¿Qué razones íntimas y elevadas serán las que en su alma le empujan a ser y vivir de este modo? El misterio y maravilla más grande del Universo es cada persona en sí. Y esta joven, en libertad y desde su propio corazón, ha elegido vivir y comportarse del modo en que con mis propios ojos estoy viendo”

Al fondo, muy lejos, se veía la ciudad y el gran castillo rojo sobre la colina. Sintió que aquello y esto, eran mundos muy distintos y de valores desiguales. Y notó que de todo aquello estaba lejos, muy lejos y cerca, casi esencia en su espíritu, del manantial y paisajes que tenía cerca.